

UNA NOCHE DE NAVIDAD

Soy fumadora. Fumo y en mi casa soy libre de envenenarme lo que quiera, pero en casa de mi madre no. Aquí tengo que salir al jardín o a la calle y eso, aunque parezca una restricción en realidad es una oportunidad. Anoche lo fue más que en ningún momento.

Estaba dando cuenta del último cigarrillo del día de Navidad en la puerta de la casa, admirando el nuevo aspecto del pueblo, ahora blanco merced a unos copos casi invisibles que solamente podía ver, como pavesas, cuando miraba a la farola.

Así estaba yo, disfrutando del silencio, de la nieve, del pueblo, pensando cómo sería en el siglo XII, cuántas casas habría, y ese pensamiento me llevó a una certeza mucho más frustrante y deprimente: ¡He nacido demasiado pronto! Tenía que haberlo hecho cuando retroceder en el tiempo fuera algo habitual; cuando las agencias de viajes no te ofertaran cruceros por el Danubio sino épocas históricas ¿Será así alguna vez?.

El cigarrillo se había terminado. Ya estaba apagado pero me gusta dejarlos machacados y asegurarme que ninguna minúscula chispa pueda prender, así que me agaché, lo aplasté contra el suelo y al incorporarme sucedió ¡El pueblo había desaparecido! Frente a mí no había nada más que campo. No había nieve, ni farolas. En el cielo apuntaba la claridad del amanecer que me permitió distinguir unas cinco casas rodeadas por una pared como la de los prados, cerca de la fuente abajo, y allá arriba, en el pico, la silueta de una modesta fortaleza. Y hacía calor.

Era una estampa apacible.

No me atreví a moverme y no se si alguien me vio, o si podían verme siquiera. Mejor que no porque sería objeto de leyendas truculentas la aparición cerca de la aldea de una silueta peluda, porque yo seguía con el abrigo puesto, inmóvil en medio de la nada más allá del muro protector. Pero sentirme vulnerable ante lo desconocido no fue lo peor. Me pareció ver salir gente apresurada y dirigirse hacia el pico; algunos arrastraban a los niños de la mano, otros remolcaban cabras tirando de ellas por los cuernos; me pareció que los bultos que creí distinguir bajo los brazos eran gallinas.

Atravesaron el muro y se dirigieron a "Los Palomares" y siguiendo ese antiguo camino del monte desaparecieron.

Me quedé sola ¿Me habrán visto? ¿Se habrán asustado de mí? Entonces lo oí. Claramente llegó a mis oídos el estruendo de tambores... y se acercaban por el sur, o eso me pareció ¿Quiénes son? ... Cada vez los sentía más cerca y más intensamente la vibración del suelo ¡Joder, esto es un ejército! ¡Oh, no, Almanzor! Tanto leer de algo me tenía que servir, y tanto investigar sobre la historia del pueblo algo me tenía que ayudar, aunque en este caso sólo para saber que yo, allí parada con mi abrigo en medio de la nada, estaba justo por donde pasaría la hueste camino de una de sus razzias a Ledesma o a Alba ¡Vaya usted a saber! Y sentí terror. Cada vez estaban más cerca y yo cada vez más inmóvil... Creí ver estandartes en la lejanía, o ino se! ¿Los veía? ¿Qué hago? ¿Dios mio, ya están aquí?

Me di la vuelta para echar a correr hacia donde fuera y apareció mi casa. Entré y cerré con doble llave.

Esa noche de Navidad dormí apaciblemente, protegida en mi cama, y con la conciencia tranquila sabiendo que los habitantes de Monreal se habían puesto a salvo.

Virginia Corzo Varillas

Diciembre 2013